





# LOS HOMBRES INVISIBLES



MARIO MENDOZA

# Los hombres invisibles

 Planeta

© Mario Mendoza, 2021

© Por imagen de cubierta: LADELRIO (@tintadelrio), 2021

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel

Diseño de interior: Departamento de diseño Planeta

Primera edición: abril de 2007

Primera edición de esta colección rústica (Colombia): noviembre de 2022

ISBN 13: 978-628-7568-62-4

ISBN 10: 628-7568-62-3

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este proyecto ha sido posible gracias al apoyo de:

- Programa Distrito Grafiti de la Alcaldía Mayor de Bogotá  
(Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte e Instituto Distrital de las Artes – IDARTES).
- Cuerpo oficial Bomberos de Bogotá  
(Estación de Chapinero, Estación del Restrepo)
- Árbol Naranja

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Mi centro artístico está en mi cerebro, en ningún otro sitio,  
y soy fuerte porque los demás nunca me desvían y hago  
lo que siento dentro de mí... Nada impedirá que me marche,  
y esta vez será para siempre...*

PAUL GAUGUIN





## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	11
Capítulo I	
LOS NUEVOS APÓSTOLES .....	13
Capítulo II	
PADRE, PADRE, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO? .....	47
Capítulo III	
HAY OTROS MUNDOS .....	75
Capítulo IV	
EL LLAMADO DE LA OSCURIDAD .....	127
Capítulo V	
¿HACIA DÓNDE ME CONDUCES? .....	169
Capítulo VI	
TEHURA .....	203
Capítulo VII	
LA TRIBU DE LOS HOMBRES INVISIBLES .....	249
EPÍLOGO .....	297
NOTA DEL AUTOR .....	311



## PRÓLOGO

Esta novela es la fusión de un realismo urbano descarnado que había caracterizado mi obra hasta entonces y de mi fascinación por la novela de aventuras, por el viaje como una ética y una estética. El personaje que viaja hacia la selva en busca de la tribu de los nukak makú encarna a los viejos aventureros que van más allá de los límites establecidos. En esta ocasión las fuerzas centrífugas son tan intensas que el viajero atraviesa los muros de la ciudad y sale a la conquista de un territorio agreste, desconocido y brutal: la selva.

Por aquel entonces mi padre acababa de fallecer después de una enfermedad terrible, y el duelo no lo hice correctamente: me enredé, me culpé indebidamente, di vueltas durante un tiempo largo extra- viándome en falsas cavilaciones y fantasmagorías. La única salida que encontré fue escribir este libro y, de un modo catártico, liberarme en él de todos mis tormentos.

Alguna mañana me llegó el periódico por debajo de la puerta y vi una foto de los nukak makú recién salidos de la jungla, mirando a la cámara asustados, como niños aterrados. Lo tomé como un mensaje, como una señal. Enseguida empaqué una maleta y me fui para San José del Guaviare a hacer trabajo de campo.

Como algo curioso, recuerdo haber escrito esta novela de noche, a la madrugada, en medio de fríos atroces. De día dormía de manera desordenada, caótica, como un zombi deambulando entre brumas y tinieblas. Y a las ocho de la noche empezaba a escribir y a corregir. El escritor vampiro. Me acostaba con las primeras luces de la mañana, cuando escuchaba a los pájaros cantar.



## Capítulo 1

# LOS NUEVOS APÓSTOLES



¿Cuándo empieza realmente una historia? ¿En qué instante preciso la realidad parece cambiar de forma, de figura, y entonces uno sabe que ha sido lanzado a una serie de acontecimientos que le modificarán la vida para siempre? En este caso, la historia comienza con unas piezas sueltas que poco a poco fueron conformando un rompecabezas que me dejó en el borde peligroso de un abismo. En un principio no distinguí ningún dibujo en particular, pero semanas después las líneas, las curvas y los colores de las piezas me mostraron un destino extraño y salido de lo común. Y, sin planearlo, me convertí en un viajero que tuvo que recorrer parajes agrestes y pueblos desconocidos para ser testigo de uno de los secretos mejor guardados en todo el continente: la existencia de la mítica tribu de los hombres invisibles.

La primera noticia fue como un puñetazo en la nariz: mi padre me llamó por teléfono y me anunció su deseo de internarse en una casa para ancianos solitarios y desamparados. Se sentía sin fuerzas, débil, y me dijo que se aburría de ver pasar los días encerrado en su apartamento, sin amigos y sin una familia que le hiciera compañía y lo cuidara cuando tenía una gripe o un dolor de estómago.

—Me tienes a mí —dije sin mucha convicción y con algo de culpa en la entonación de la voz.

—Tú vives ocupado en tus asuntos —comentó el viejo, tranquilo, sin recriminaciones de ninguna clase—. Sabes que no me gusta molestarte.

—Pero puedes contar conmigo cuando me necesites.

—Ya estoy muy achacoso. No tiene sentido esclavizar a alguien a mi lado. Prefiero pagar y que me atiendan como debe ser.

Le esgrimí dos o tres argumentos en contra de su decisión (estar entre viejos enfermos y quejumbrosos lo iba a deprimir aún más, perdería libertad y autonomía, no podría salir a tomarse un café ni meterse en una sala de cine cuando le diera la gana), pero mi padre insistió en que no podía más y en que ya tenía incluso contactada la institución en donde pensaba internarse.

—No puedo impedirte —dije con una tristeza que me agobiaba.

—Quería pedirte un favor. Ya tengo todo listo, sólo que no me atrevo a llegar el primer día así, como si fuera un vagabundo con mis dos maletas al hombro.

—Yo te acompaño, no te preocupes.

—¿El miércoles de la próxima semana te queda bien?

—Cuando tú digas.

—Te espero entonces el miércoles a las diez de la mañana.

Colgué y sentí que una depresión honda y amarga me invadía el cuerpo entero. Me imaginé al viejo caminando por su apartamento en bata, sin afeitarse, preparándose su comida con esa parsimonia nostálgica que tienen las personas ociosas que pasan los días desde el amanecer hasta el anochecer sin hacer nada. En su juventud había sido un hombre activo, un trabajador incansable, pero con los años se había ido encerrando hasta el punto de terminar viviendo como un monje de clausura en un monasterio apartado, lejos de la humanidad, en las montañas, retirado de cualquier posible contacto con la civilización. Los libros y la televisión eran sus únicas distracciones. Él mismo lavaba su ropa, tendía la cama, cocinaba, y una vez al mes iba una empleada del servicio doméstico a limpiar los baños, barrer el piso, abrir las ventanas, sacudir el polvo y ordenar un poco el apartamento. Esa visita, quizá, era para él un acontecimiento. Lo imaginé calculando los días para la llegada de esa mujer, que seguramente le alegraba el ánimo contándole sus intimidades y pidiéndole consejos.



Yo lo visitaba muy de vez en cuando. Habíamos descubierto que cada vez teníamos menos cosas de qué hablar, y esa distancia nos dolía a ambos, nos hacía daño, pero no podíamos evitarla. En mi adolescencia y mi primera juventud había estado cerca de él, como un buen amigo, como un compinche que disfrutaba de verdad de su camaradería y de su complicidad. Pero después él había bajado la guardia, se había alcoholizado, se había aburrido con la cercanía de familiares y amigos que lo querían y lo respetaban por su honestidad y su simpatía, y terminó al fin como un anacoreta, buscando el silencio y la soledad más absolutos. Semejante postura era rara pero respetable. Lo curioso es que nunca dio una explicación, nunca quiso hablar sobre ello ni comentar las causas de una decisión tan implacable. Y ahora parecía que estaba cansado y que extrañaba a sus viejos amigos y a su familia (sus hermanos, sus sobrinos, yo).

El miércoles llegué a su apartamento a las nueve y cuarto de la mañana. Tenía dos maletas listas y una caja mediana atiborrada de libros y revistas.

—¿Qué vas a hacer con esto? —pregunté señalándole el lugar.

—Lo arrendé con los muebles incluidos —aclaró, sin darle mucha importancia a la cuestión.

—¿Y los otros libros?

—Aquí se quedan. La persona que alquiló el apartamento es de la universidad. Sólo me llevo los que más me gustan.

—¿Y estás bien de plata?

—Con la pensión, más el canon de arrendamiento y los intereses de mis ahorros, tengo de sobra. No me hará falta nada.

Le eché un vistazo a ese lugar que había sido el hogar de mi padre durante los últimos años. En la atmósfera se respiraba un aire de escasez, una falta de plenitud y de generosidad consigo mismo. Mi padre había sufrido mucho a causa de la pobreza en su infancia, era uno de esos hombres que tenían detrás de sí un niño y un adolescente llenos de carencias y necesidades. Algunas de estas personas convierten la pobreza en un temor permanente, una especie de pánico que no les

permite vivir en la abundancia. Confunden el ahorro con la avaricia y, en consecuencia, se pasan la vida gastando lo que es apenas indispensable, contando monedas, andando con los pantalones descosidos y con los zapatos rotos. No van a restaurantes jamás, ni a hoteles, ni a cine, ni a teatro, ni cogen un taxi aunque estén enfermos o accidentados. Todo eso lo consideran lujos innecesarios, gastos inútiles de dinero. Pasan años enteros con la misma ropa, los mismos pares de zapatos, el mismo reloj, y sólo cambian el cepillo de dientes cuando ya las cerdas están destrozadas y diminutas.

Recuerdo haber visitado un día la casa de un señor español de edad avanzada, uno de esos viejos sabios que han pasado media existencia metidos entre sus libros. Almorzamos un filete pequeño de carne, una porción de ensalada y una limonada. No me atreví a confesarle que estaba muerto de hambre porque supuse que el anciano pasaba por un mal momento de tipo económico. Pero cuando, por pura casualidad, entré en la alacena (confundiéndola con un baño), me quedé atónito: estaba atiborrada desde el piso hasta el techo de latas de verduras, atún, aceitunas, jamones, sardinas, fríjoles y un sinfín de alimentos más, tanto nacionales como importados. Mi profesor enrojeció y dijo a media voz:

—Uno nunca sabe cuándo vuelva a comenzar otra guerra.

Entonces lo entendí todo: él había sufrido en carne propia los rigores y las largas hambrunas de las guerras europeas, y vivía con el miedo de que ese dolor y esa penuria lo estuvieran esperando día a día a la vuelta de la esquina.

Pues bien, mi padre tenía esa forma de pensar que podríamos catalogar como «psicología de la indigencia inminente»; por lo tanto, su manera de vestir, sus maletas y su casa despedían ese aire de mezquindad tan característico en esta clase de personas que por andar defendiéndose de la pobreza andan el resto de su vida como pordioseros, lo cual no deja de ser una extraña contradicción. Sin embargo, observé con algo de nostalgia sus muebles de segunda, los tapetes comprados en algún almacén de rebajas y promociones, la cama barata

y de pésima calidad, y sentí que iba a extrañar esa cueva austera escondida en el centro de la ciudad. Seguramente la persona que habitara ese lugar tendría que pintarlo, remodelarlo y comprar muebles y vajilla nuevos para suprimir el aire de dejadez y de abandono que se respiraba por todas partes.

Luego tomé las maletas y bajamos las escaleras.

Llegamos a La Casa del Abuelo en cuarenta y cinco minutos: era una vieja edificación de dos pisos en la calle 127 con la carrera novena. Había cuatro ancianos (incluyendo a mi padre) y dos ancianas que vivían en las habitaciones del segundo piso, dos enfermeras permanentes (cambiaban de turno cada ocho horas), un médico que iba todos los días a revisar a los huéspedes, dos empleadas encargadas del aseo y la limpieza, el director, una cocinera y un ama de llaves que estaba pendiente de que la casa funcionara a la perfección. En el primer piso había también una sala de juegos y televisión, una biblioteca en la parte de atrás, cerca del patio, y un comedor amplio para doce personas. El sitio despedía un olor agradable, y tanto los trabajadores como los otros internos saludaron a mi padre con amabilidad e incluso con cierta íntima familiaridad. Menos mal que la escena no tuvo esas dosis de sordidez y tremendismo que suelen dejarlo a uno con el ánimo por el piso. La despedida fue muy natural:

—Bueno, tú tienes que irte, Gerardo, ya te robé mucho tiempo —me dijo mi padre apenas terminó de ordenar su ropa en el armario.

—¿Te hace falta alguna cosa?

—Nada, no te preocupes.

—¿Comentaste tu adicción al alcohol?

—Fui muy claro en ese punto. Me van a dar un ansiolítico todos los días. No sé aún cuál será la dosis.

—De cualquier modo, yo te estoy llamando por teléfono...

El viejo me abrazó con fuerza, me dio un par de palmadas en la espalda y susurró en voz baja:

—Ven a verme, no te olvides de mí.

Sentí un nudo en la garganta, asentí con la cabeza y salí a la calle.

Una llovizna fina y helada me acarició el rostro mientras subía a la carrera séptima. Me pregunté por qué los tiempos nunca encajan de manera correcta entre padres e hijos. Cuando estamos pequeños y débiles, y necesitamos su comprensión y su ternura, ellos se encuentran en la plenitud de sus fuerzas, son arrogantes y déspotas y creen tener toda la vida por delante. Luego nos vamos de casa, nos alejamos, vivimos por lo general una existencia basada en confusiones y en errores, y ellos mientras tanto nos observan desde la distancia con una cierta pose de falsa superioridad y sintiéndose muchas veces culpables de nuestros fracasos. Después, cuando ya hemos adquirido la experiencia suficiente y estamos listos para compartir, ellos no dan más, se retiran del escenario o se van derecho a la tumba. Es imposible sincronizar nuestros ritmos con los de ellos. Sólo en la gestación y en la muerte estamos a su lado de verdad.

Caminé por la carrera séptima hacia el sur. La llovizna se había transformado en gruesas gotas de agua que castigaban sin clemencia lo que iban encontrando en su caída vertiginosa. Quien no ha caminado así, pegado a las montañas, melancólico, con los nubarrones encima y con un aguacero siguiéndole los pasos, no conoce el rostro más auténtico de Bogotá. Atravesé Usaqué, Santa Ana, la Escuela de Caballería y llegué al puente de la calle 100. Allí la carrera séptima se empina en una ligera subida y el viento baja de los cerros helado, glacial, cortante. Iba pensando en el miserable final que se le avecinaba a mi padre. Después de ser un hombre inteligente y simpático, fuerte y atractivo para las mujeres, había trastabillado en el camino, se había quedado cojo y estaba llegando a la meta con muchas horas de retraso y con todo su ser hecho una miseria. ¿Qué diablos le había sucedido? ¿Cómo había podido pasarle una cosa semejante? ¿De qué manera había extraviado durante la marcha su fe, su alegría y su esperanza? Me dije entonces que la vida es la actividad que exige el máximo grado de atención, de cuidado y de vigilancia. La mayoría de las veces vamos hacia adelante como empujados por las circunstancias, sin tomar decisiones, impulsados por las ideas y las acciones de los otros, sin con-

cientizarnos del trayecto. Cumplimos con un libreto que alguien escribió para nosotros sin preguntarnos si el papel nos gustaba o no. Y cuando despertamos ya es tarde, la obra está a punto de terminarse, nos duele todo el cuerpo, tenemos mareo y no hay forma de cambiarnos de función. No basta con vivir, es preciso verse vivir y corregir cualquier movimiento en falso que realicemos. Si el rol no está escrito por nosotros mismos y no nos satisface, la solución es simple: paramos la representación, le agradecemos al público su presencia, mandamos al director al quinto infierno y nos salimos a la calle a aguantar hambre si es el caso. Porque es preferible un final trágico a uno mediocre, baboso y sin carácter.

Giré la cabeza a mano derecha y vi, por entre la neblina y los hilos de agua que seguían golpeando la ciudad con determinación, el Museo del Chicó, los lagos, las flores y los prados recién arreglados, y los columpios, las ruedas y los troncos vacíos y sin niños. Me acerqué a una cabina telefónica, introduje una moneda de doscientos pesos y marqué a la casa de mi madre. Me contestó la empleada del servicio:

—¿Diga?

—Erminda, soy yo, Gerardo.

—Siquiera llama el señor, lo he estado buscando por todas partes.

—¿Qué pasó?

—Tocó volver a internar a su mamá.

—¿Qué?

—Sí, señor, se la acaban de llevar.

—Pero ¿qué fue lo que pasó?

—No pegó el ojo en toda la noche y a la madrugada se salió para el patio a esperar mensajes extraterrestres. Usted ya sabe cómo es ella.

—Pero venía bien —dije recordando una llamada y una visita que le había hecho en el transcurso de la semana.

—Sí, señor, pero anoche se empeoró.

—¿Se estaba tomando la droga?

—Eso dice ella.

—Quién llamó a la clínica, ¿usted?

—Sí, señor, así como la otra vez.

—¿Se la llevaron a la Montserrat?

—Hace dos minuticos, señor.

—¿Fueron necesarios los enfermeros? —dije con miedo en la voz, gritando en medio del aguacero—. ¿Utilizaron la camisa de fuerza?

—No, señor, ella se subió solita.

Un pito me anunció que era necesario echar otra moneda en la ranura. Busqué, pero no tenía.

—Gracias, Erminda, voy para la clínica —alcancé a decir antes de que se cortara la comunicación.

Crucé la avenida, me ubiqué en el andén oriental de la carrera séptima y tomé un taxi hacia el norte. Bajamos por la calle 134 y nos detuvimos en el semáforo de la avenida 19, justo frente a la clínica. Pregunté por mi madre en la recepción, y una enfermera me dijo que tuviera paciencia, que me sentara en la sala de espera y que en unos veinte minutos me darían un informe sobre el estado de salud en el que ella se encontraba. No tuve más remedio que hundirme en un sillón de cuero hasta que alguien se acordara de mi nombre y de mi preocupación.

Entretanto bajaron de una ambulancia a una muchacha de unos dieciocho años, la entraron entre gritos y órdenes médicas a la sala de urgencias, y una señora de unos cuarenta o cuarenta y cinco años que parecía su madre se quedó en el corredor, muy cerca de mí y de otras tres personas que mirábamos la escena con estupor. Un hombre con los ojos hundidos y una barba incipiente (sentado frente a mí) le preguntó a la señora:

—¿Su hija?

—Sí, señor —contestó ella limpiándose las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—¿Somníferos? —el tono del hombre era erudito, como si fuera un experto en suicidios y envenenamientos.

—No, señor, se tomó un frasco de raticida —dijo la mujer, esta vez con la voz ahogada por el llanto.

—¿La hicieron vomitar? —siguió preguntando el tipo sin inmutarse, como si estuviera pidiendo el saldo de una cuenta corriente en una oficina bancaria.

La madre asintió con la cabeza.

—Entonces se salvará —sentenció él con seguridad—. No se preocupe.

Un señor canoso y distinguido entró con un joven de unos veinticuatro años y se sentaron en un sofá que aún permanecía libre. El joven miraba nervioso hacia los lados, se pasaba la lengua por la comisura de los labios y movía los pies en un temblor irregular que le impedía quedarse quieto y descansar. «Es la droga psiquiátrica —me dije mentalmente—. Lo deben tener intoxicado con Risperdal o con Rivotril, seguro. No podrá llevarse a la boca ni un vaso de agua». Recordé el pulso de mi madre hecho pedazos, las manchas permanentes en sus blusas y en sus sacos, las quemaduras en los dedos (de café, de sopa hirviendo), su manera de mirar angustiada y sin entender por qué las manos no le respondían y la traicionaban con esos movimientos torpes e infantiles.

Una joven que estaba en la sala antes de que yo llegara empezó a llorar en silencio, sin decir nada, sin gimotear. Las lágrimas le caían por las mejillas y ella se las quitaba, en un movimiento suave, delicado y casi cinematográfico, con el dorso de la mano derecha. Era un ataque de depresión instantáneo, súbito, que la había cogido por sorpresa y con las defensas abajo. No lloraba por nada en particular, era una caída del alma, una precipitación, un descenso vertiginoso en ese estado que algunos psiquiatras denominan «melancolía abstracta», es decir, una melancolía sin objeto, sin causa específica. En ese tipo de dolor el paciente no sufre por una separación o por la muerte de alguien cercano, no se arrepiente de nada, no se culpa, ni siquiera se angustia. Le duele el ser, el meollo mismo de su existencia.

Me acerqué a la ventana que tenía más cerca y la abrí para recibir aire fresco. ¿Qué diablos era lo que estaba pasando? ¿Qué carajo era lo que estábamos haciendo con el mundo y con nosotros mismos como

para que la mayoría estuviéramos aniquilados y a punto de darnos de baja? Un artículo que había leído en alguna revista me llegó de pronto a la memoria. En él se contaba el caso de muchos ancianos europeos a los cuales se les estaban dañando sus electrodomésticos. En un primer momento se creyó que los abuelos no renovaban nunca su licuadora o su equipo de sonido, pero la investigación arrojó unos resultados asombrosos y macabros: el problema no estaba en los aparatos, sino en sus dueños, que, de tanto ver pasar los días y las semanas en la más absoluta soledad y sin poder compartir con nadie un café, un libro o una película, decidían entonces dañar a propósito el televisor o el horno microondas, llamar a un técnico y pasar la tarde conversando animadamente con él, entre unos vasos de refresco y unas galletas. «Mierda —pensé mientras recibía las ráfagas de aire frío a través de la ventana de la clínica—, prefiero morirme de un tiro o de una explosión a agonizar de depresión en una bañera, con las muñecas abiertas o con un frasco de insecticida entre las manos».

Una enfermera me llamó por mi nombre:

—Señor Gerardo Montenegro.

—Sí, soy yo.

—Sígame, por favor.

La mujer me condujo por un pasillo hasta el consultorio donde me esperaba la practicante de turno, una joven con aires de grandeza, de esas que asumen la profesión con la petulancia de quien cree que se encuentra un peldaño por encima de los pacientes y de los atormentados familiares que se acercan a pedir noticias con la voz temblorosa e insegura.

—Señor Montenegro, soy Patricia Álvarez, la encargada de urgencias. Su madre está en una fase hipomaniaca severa, pero la tenemos bajo control. De todos modos, no puedo asegurarle nada definitivo por ahora.

—Sí, entiendo.

—Hay que ver cómo responde al medicamento.

—¿En qué sección está?



—En el hostal B.

A esa parte de la clínica los pacientes la llamaban El Limbo, pues estaba a medio camino entre cuidados intensivos, un lugar donde era común escuchar a los enfermos aullar o gritar improprios durante horas seguidas y donde a veces era necesario utilizar la mano dura para controlarlos, y el hostal A, que era El Cielo, un sitio apacible, con cuartos cómodos y una atención personalizada que se parecía más a un hotel campestre que a una institución psiquiátrica. Era obvio que yo quería tener a mi madre en las mejores condiciones. Por eso pregunté:

—¿No es posible cambiarla al hostal A?

—Su seguro médico no alcanza a cubrir esos gastos.

—¿Y si yo pago la diferencia?

—En ese caso tiene que acercarse aquí a nuestras oficinas del primer piso —señaló unas ventanillas al fondo del pasillo— y firmar los documentos necesarios. Apenas recibamos la orden, la trasladaremos.

—Voy a hacerlo de inmediato. ¿Cuántos días estará recluida?

—Por la intensidad de la crisis, puedo asegurarle que no será menos de una semana.

Preferí alejarme y dejar atrás a esa muchachita cuyo ego, tarde o temprano, sería aplastado por las brutales leyes del dolor y la desdicha. Aún era muy joven para sospechar lo que le esperaba.

En las oficinas de la administración firmé los pagarés correspondientes para que pudieran atender a mi madre en el hostal A, y, mientras esperaba a una de las secretarias que había ido a fotocopiar mi cédula de ciudadanía, un hombre excesivamente flaco y con los ojos amarillos se hizo a mi lado y me preguntó en secreto, con la voz convertida en un susurro:

—¿A quién tiene aquí?

—A mi madre —lo miré extrañado, sin entender muy bien quién diablos era el fulano.

—Váyase de aquí rápido, fúguese antes de que la desgracia lo alcance —el hombre tragaba saliva a cada segundo y parpadeaba con rapidez.

—No, quiero pasarla al hostel A.  
—Usted aún tiene tiempo. Escápese.  
—¿Por qué?  
—Hay zonas donde nadie nos alcanza, territorios que están esperando por nosotros.  
—No, usted se equivoca...  
—Todavía hay tribus que se mantienen puras, seres como usted y como yo que, sin embargo, nunca serán como usted ni como yo.  
—Espere...  
—Es ahora o nunca, no hay tiempo.  
—Creo que me está confundiendo con otra persona...  
—El paraíso lo espera. No se apegue a nada, parta ahora mismo. El plan no le puede fallar. Todo está preparado, pero usted no lo sabe.  
—No, usted no me entiende...  
—«Buscar e inventar de nuevo. Aún queda tiempo. Bien poco, es cierto, pero es menester aprovecharlo» —dijo entonces recitando, como si estuviera frente a un auditorio invisible.

En esas se acercaron dos mastodontes vestidos de blanco y agarraron al hombre por los brazos. No opuso resistencia. Uno de los enfermeros, un indígena corpulento con aspecto de guardaespaldas, me aclaró:

—Excúsenos, señor. Se nos voló de la consulta.  
El tipo alcanzó a decirme, antes de que se lo llevaran a rastras:  
—Soy el portador de un mensaje que le salvará la vida. He venido sólo a ayudarlo.

La secretaria me trajo mi documento de identidad, me dijo que las visitas empezaban al día siguiente de tres a seis de la tarde, y salí de la clínica agotado y con la ropa todavía húmeda y pegada a la piel.

Caminé por la avenida 19 hacia el sur un par de cuadras y luego tomé un taxi hasta mi apartamento. Apenas entré me cambié de ropa, me preparé una carne asada y unas papas a la francesa, y destapé una botella de cerveza que me fui bebiendo poco a poco, disfrutando pequeños sorbos que me iban refrescando la garganta y el esófago. Me acer-

qué a la ventana de la sala y contemplé la ciudad con una cierta desidia, sin concentrarme, sin ponerles mucha atención a los edificios, las calles y las personas, que parecían muñecos en miniatura decorando una maqueta de arquitectura. Pensé que el frío y las montañas bogotanas tenían algo de prisión invernal, de ensimismamiento carcelario. Las palabras del enfermo en la clínica psiquiátrica me rondaban la cabeza de manera inquietante. El timbre del teléfono me sacó de mis cavilaciones.

—¿Aló? —dije pendiente de una posible voz al otro lado de la línea.

—¿Gerardo? Quiubo, con Humberto. ¿Cómo va todo?

—Ahí van las cosas, más o menos.

—Te llamaba por lo de la audición, hombre.

Caí en cuenta de que, por andar pendiente de mis viejos, me había olvidado por completo de una audición que había hecho en una de las mejores compañías de teatro para representar el personaje de Ricardo III, de Shakespeare. Lo había practicado durante semanas por todo el apartamento: la joroba, la forma de caminar cadenciosa y repulsiva, la voz impostada y amenazadora.

—Sí, claro, Humberto, dime.

—Lo primero que quiero decirte es que tu interpretación estuvo magnífica.

—Gracias.

—Pero yo no soy el que elijo toda la gente.

—¿No eres tú el director?

—Yo tengo voz y voto para los actores de reparto, Gerardo, pero los protagonistas son elegidos de común acuerdo con los productores.

—¿Y ellos qué dijeron?

—Conocen el trabajo de Carlos Santamaría.

—Pero si él es un actor de dramatizados de televisión, tú lo sabes —la indignación y la impotencia me hacían temblar la voz involuntariamente.

—Ellos creen que su fama y su trayectoria en televisión van a

convocar mucho público y van a convertir la obra en un éxito seguro.

—Shakespeare no es para tomárselo a la ligera, es para actores de profesión.

—Lo siento, Gerardo, no puedo hacer nada. Ellos ponen la plata.

—¿Es una decisión definitiva?

—Me temo que sí.

—Bueno, no hay nada más que decir, supongo.

—Créeme que lo siento, Gerardo, me encantará trabajar contigo más adelante.

Suspiré y dije con decencia y sin ganas:

—De todos modos, te agradezco la llamada.

—Preferí decírtelo yo mismo. Al fin y al cabo, ambos somos del oficio.

Colgué y sentí un agujero en el estómago, una tristeza honda que me hacía ver el apartamento como un antro oscuro y deprimente. Me terminé de beber la cerveza y un fuerte dolor de cabeza me obligó a recostarme en el sofá, cerrar los ojos e intentar relajarme para calmar los nervios y la angustia. Así, vencido y enfermo, me quedé dormido mientras afuera caía la tarde en la ciudad de Bogotá.

Había empezado a hacer teatro en la universidad a los dieciocho años de edad. La directora del grupo me advirtió una tarde después de los ensayos: «Gerardo, tú tienes talento y hay que hacer algo con él». Estábamos montando *La sal de la tierra*, una obra sobre un grupo de mineros que deciden irse a la huelga y luchar por sus derechos, y yo tenía el papel protagónico. La verdad es que me gustaba salir de mí y convertirme en otro, cambiar mi manera de vestir, de hablar, de moverme, de ser. Es un talento que se tiene o no se tiene. Hay personas cuya identidad es densa, como tallada en roca firme, y con el paso de los años se parecen cada vez más a sí mismos. No cambian, no modifican sus gustos ni sus ideas. En cambio, hay otras que son maleables, mutantes, líquidas. El actor tiene que ser capaz de torcer su identidad permanentemente, de hacerla elástica y dócil, manejable a su antojo. Es un don.

Cancelé mis estudios de economía y me matriculé en la Escuela de Arte Dramático. Fueron años que pasaron volando, entre ensayos, presentaciones y páginas de autores que me sorprendían con sus personajes audaces o torpes, canallas o bondadosos, crueles o víctimas de un destino que se ensañaba con ellos. Fui creando una cierta reputación de estudiante serio y consagrado que me llevó más tarde a trabajar en los mejores grupos de teatro del país. Durante quince años pisé las tablas de escenarios nacionales e internacionales, montando obras por las cuales sentía afecto y admiración. Pero los tiempos cambiaron y la gente del oficio se fue acoplando a ellos. La televisión impuso su ley, sus cifras escandalosas y fuera de serie, y los actores se vieron en la necesidad de vender su trabajo a las cámaras de programas baratos y mediocres que, sin embargo, iban captando cada vez una mayor audiencia. Competir contra el reinado de la televisión fue un acto heroico y una estupidez. Un grupo de actores profesionales (de teatro y de cine) nos negamos a prostituir lo que más amábamos y las consecuencias de una actitud tan radical y tan propensa a la obcecación fueron desastrosas: los demás actores que tenían que trabajar en las distintas programadoras para sostener a sus familias nos odiaron por nuestras críticas virulentas y por nuestra pose de superioridad, los directores nos fueron haciendo a un lado por nuestra fama de beligerantes y problemáticos, los periodistas nos esquivaban, el público se fue olvidando de nuestros nombres, y al final nos quedamos en un *ghetto* construido por nosotros mismos, jodidos y endeudados hasta la coronilla. No era una historia muy agradable que digamos.

De todos modos, con las circunstancias en contra y con mis últimos ahorros agotándose en mi cuenta mes a mes, yo seguía amando la profesión por encima de cualquier otra cosa en el mundo. En las tardes libres (que no eran pocas), me encantaba practicar en la soledad de mi apartamento personajes de Coward o de Anouilh, o sacar mis películas preferidas y deleitarme con las interpretaciones de grandes actores como De Niro, Hoffman o Pacino. La vieja guardia del Actor's Studio, esos actores capaces de captar la presencia inquietante

tante de un personaje y que lo encarnaban hasta perder su identidad inicial. Nunca me gustaron los actores efectistas, aquellos que sólo piensan en la imagen, en el resultado inmediato, en echarse una vaso de agua encima para simular chorros de sudor. Sólo respeté a los que tenían esa magia extraña mediante la cual un hombre desaparece ante nuestros ojos y otro se toma su cuerpo, su voz y sus ademanes. Por ejemplo, la inverosímil soledad de Travis en *Taxi Driver*, su paulatino exilio con respecto a una sociedad que ya no comprende ni estima, su transformación final en un ángel exterminador. De Niro joven, apenas un muchacho, tragándose las calles de Nueva York al volante de su cacharro amarillo como única forma de sobrellevar la amargura y la desesperación. Muchos años más tarde, Scorsese ahondaría en la imagen del marginal en *Cabo de miedo*. Otra vez De Niro encarnando el rol de un expresidiario místico que está alejado por completo de la vida rutinaria y pacífica que lleva la mayoría de la gente que lo rodea. Esta vez vemos a un personaje atlético, indestructible, una máquina de hacer daño que, sin embargo, en el fondo de su conciencia, alega propósitos religiosos y morales que justifican esos actos bárbaros y sangrientos que comete a lo largo de la película. Una escena memorable: De Niro en las primeras filas de un cine, fumando un puro y atacado de la risa por lo que está sucediendo en la pantalla. Otra: De Niro haciéndose pasar por el profesor de teatro de la jovencita Juliette Lewis y sacando un cigarrillo de marihuana para intimar con ella, para entrar en confianza, para seducirla. O el papel de Pacino en *El Padrino*, el joven Michael Corleone que acaba de llegar de Vietnam y que no quiere involucrarse en los negocios turbios de la familia. Luego del atentado contra su padre, se irá convirtiendo poco a poco en la cabeza de la familia, en el hombre fuerte, en el sucesor del viejo. Y, en *Perfume de mujer*, Pacino interpreta una de las escenas más conmovedoras de su carrera: la escena del militar ciego que pide las coordenadas del salón para ubicarse, y que sale con la joven a la pista a bailar tango como todo un maestro, un baile de despedida, el último adiós de un vitalista que sabe que el reloj le está

marcando la hora final. Como me era imposible tener a un grupo de teatro que interpretara para mí a Miller o a Ionesco (aunque también tenía varias obras grabadas y las consultaba de vez en cuando), siempre me quedaba la opción del cine, la magnífica oportunidad de ver a actores de primera línea transformándose en mis narices las veces que yo quisiera y dándome toda una lección de transfiguración y metamorfosis (echaba marcha atrás y volvía a revisar por enésima vez la cojera de Hoffman en *Midnight Cowboy* o cómo la locura se iba tomando el rostro de Polanski en *El inquilino*).

Pero yo no había fracasado sólo en el ámbito profesional, mi vida sentimental había sido también un fiasco. Después de unas novias que llegaron y se fueron sin pena ni gloria, conocí una tarde de invierno sabanero a Julieta y desde el primer minuto supe que estaba enamorado, que me encantaba su voz, su sonrisa traviesa, su desenvoltura y su buen humor. Estuvimos saliendo juntos dos años y nos casamos por lo civil en una boda modesta, a la cual asistieron sólo nuestros familiares y dos o tres amigos cercanos. Decoramos el apartamento de común acuerdo, creamos una atmósfera amistosa en el interior de la convivencia, viajamos, hicimos planes, fuimos felices. Julieta era abogada y se había especializado en derecho penal. Era una mujer de piernas largas, delgada, de cabello negro y ojos castaños, callada, introspectiva, solidaria y afectuosa. Nos quisimos intensamente, con una sinceridad tan directa que nunca hubo espacio para traiciones ni hipocresías. Sin embargo, nuestro vínculo se agrietó cuando ella decidió, con un convencimiento radical, tener un hijo. Yo no me sentía preparado para ser padre. La sola idea me angustiaba, me ponía nervioso, me descomponía. Ella insistió durante meses sin perder la fe, argumentando una cosa y la otra, intentando entusiasmarme con la imagen de un niño o una niña rondando por todos los rincones del apartamento. Yo me seguí negando y no quise escuchar ningún reclamo. Ambos teníamos treinta y tres años. Entonces el cariño de Julieta se volvió resentimiento, odio, desprecio. Se alejó de mí, se encerró en su mundo, se volvió huraña e intratable.

Una noche en que se fue la luz en el teatro y tuvimos que cancelar los ensayos con el grupo con el cual trabajaba por aquellos meses, llegué a casa antes de tiempo y sin avisar. Apenas abrí la puerta escuché los gemidos, el ruido de los besos, los susurros amorosos camuflados en la penumbra del apartamento. Sentí punzadas que me atravesaban el cerebro y por un momento creí que me iba a desmayar. No podía ser. ¿Julieta infiel, adúltera, acostándose con su amante en nuestra propia cama? Era imposible. Caminé hasta la puerta de la habitación y los murmullos se hicieron cada vez más claros. Eran frases soeces y vulgares que dejaban a Julieta como una puta barata y sin escrúpulos. Empecé a llorar. No quise mirar el rostro del hombre que mancillaba con sus groserías lo que para mí había sido limpieza y transparencia. Me di la vuelta y salí del edificio a tomar aire. Caminé por la ciudad con las manos entre los bolsillos, deshecho, convertido en un residuo miserable de mí mismo. No sé cuántas horas estuve así, vagabundeando de una calle en otra sin darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. No podía creer lo que me había sucedido. ¿Julieta humillada, postrada en la cama con un amante de pacotilla? ¿Cuánto tiempo llevaba este horror cumpliéndose a mis espaldas? ¿Era un divertimento, un ejercicio de los sentidos, un pasatiempo, un acto de amor verdadero, una venganza? ¿Quería quedar embarazada de ese hombre y luego fingir que habíamos tenido un error en nuestros métodos de planificación y decir que era mío, o separarse y emprender la fuga con un nuevo compañero y un hijo a bordo? ¿Cómo interpretar una canallada semejante? Empezó a llover y la madrugada me cogió sentado en el banco de un parque con la cabeza entre las manos. Sabía que la única salida posible era terminar por completo la relación y largarme lejos de Julieta, donde su traición no pudiera alcanzarme. Pero no me sentía con fuerzas para hacerlo. Lo que me aterraba de la situación después de unas horas no era la infidelidad que me habían restregado en mis propias narices, sino el hecho de sentirme débil, incapaz de tomar decisiones, indigno. Más allá de mi rabia y de mi orgullo herido,



había una verdad que me disgustaba pero que no me podía negar: que la seguía amando, que quería estar a su lado, que la necesitaba. No tenía fuerzas para defenderme, no me sentía capaz de actuar, de reclamar decencia y una mínima dosis de respeto. No, lo que quería era su ternura, sus mimos, oírle decir con su voz dulce y melosa que yo seguía siendo el hombre de su vida, que no la dejara, que por favor, que el otro no había sido más que una aventura, que no significaba nada en su vida. Esas ideas fueron las que me señalaron el nivel tan bajo al que había caído. Por eso, aterrorizado ante tanta abyección, me agarré la cabeza entre las manos y dejé que el aguacero me cayera encima y soñé con que ojalá se llevara con él mi falta de carácter y mi envilecimiento.

Regresé al apartamento a las ocho de la mañana. No sabía qué iba a decir ni cómo me iba a comportar. Menos mal que Julieta me ahorró palabras insulsas y súplicas que nunca me habría perdonado en el futuro. Se había marchado ella y en la mesa del comedor había una carta que decía más o menos así:

Estimado Gerardo:

El portero del edificio me contó que habías venido anoche y que habías vuelto a salir descompuesto y trastornado. Incluso te preguntó si te sentías bien, pero tú no lo escuchaste. Supongo que descubriste todo. Lo siento. ¿Qué puedo decirte? Yo hice lo que estubo a mi alcance para salvar nuestro matrimonio, pero tú me rechazaste, me hiciste a un lado, me trataste como si tuviera una infección y temieras contagiarte. Después de comunicarte con el amor más grande del mundo que deseaba tener un hijo tuyo, empezaste a comportarte como si yo fuera tu enemiga, como si de un día a otro me hubiera convertido en una mujer peligrosa y perversa. Desear un hijo no tiene nada de malo, Gerardo, no es un pecado ni va contra la ley. Yo no tenía por qué avergonzarme de sentir algo tan puro y sincero. Sin embargo, tuve paciencia e hice el esfuerzo de conven-

certe, de esperarte, de dejar que la idea madurara dentro de ti. Pero cada día que pasaba era peor: me despreciabas, me vigilabas para comprobar si yo estaba tomándome la píldora o no, me preguntabas diez veces en una semana si ya me había llegado la regla o si había algún retraso. Te volviste paranoico, huidizo, irascible. Y tú no te imaginas lo que siente una mujer cuando un hombre la rechaza como madre: es como si fuera una basura, como si no diera la talla, como si fuera poca cosa. Muchas veces me pregunté si tú no aspirabas a una mujer mejor que yo, más joven, más atractiva, más exitosa en su trabajo. Mi autoestima empezó a derrumbarse y quedó por el suelo. Y ahí llegó Germán, un compañero de trabajo, y fue reconstruyéndome paso a paso hasta devolverme íntegra la Julieta que yo había conocido antes. Primero fuimos amigos y luego pasó lo que tenía que pasar. Él me demostró que yo seguía siendo deseable, inteligente, buena compañera. Lamento que te hubieras enterado en estos términos. No quise hacerte daño ni vengarme, sólo rehacerme a mí misma. Luego nos ponemos de acuerdo para los papeles del divorcio y para la separación de bienes. Te deseo lo mejor de aquí en adelante.

## JULIETA

Me arrojé al suelo con la carta entre las manos y comencé a llorar como un niño desprotegido al que acaban de abandonar en un bosque lleno de fieras. ¿Qué diablos era lo que había hecho? ¿Cómo era posible que hubiera perdido de esa manera tan estúpida a la persona que más me había querido, mi mejor amiga, mi compañera inigualable? ¿Estaría ahora en brazos de ese otro tipo (¿cómo se llamaba? ¿Germán?), feliz, satisfecha de haberse librado de una pesadilla como yo?

El apartamento me pesaba, en cualquier lugar había un jarrón, un cenicero o un libro que me traía recuerdos de Julieta. Lo peor de

una pérdida amorosa es la memoria, las trampas que el pasado nos pone para hacernos daño con su presencia permanente. Y el cuerpo siempre ahí, hiriéndonos, lacerándonos: los senos pequeños y duros de Julieta, sus caderas bien delineadas, sus nalgas redondas y firmes, su cuello, sus axilas, sus muslos, sus ojos, cada pedazo de piel me aplastaba el cerebro hasta las horas del amanecer, cuando salían las primeras luces y el sueño, por fin, me otorgaba el olvido. Por instantes sentía que el cuerpo de mi mujer me dolía en el mío, me maltrataba, me hería. Gemí, grité, lloré, me arrastré por el suelo como una alimaña asquerosa, y en repetidas ocasiones buscaba un rincón cualquiera, me ponía en posición fetal y el cansancio me vencía. Cerraba los ojos y así, con la ropa sudada y emitiendo quejidos y lamentos, como un prisionero al fondo de un calabozo después de una sesión de torturas, me quedaba dormido.

De ahí en adelante mi vida fue una puesta en el abismo. Vendimos el apartamento y los muebles, repartimos justo por la mitad, y yo tomé en arriendo un apartaestudio donde lo único que hice fue poner un colchón en el piso y meter dos pantalones y tres camisas en el armario (la ropa que me había regalado ella o que me había acompañado a comprar —que era casi toda— la tiré a la basura). No quise llevarme conmigo ningún cuadro, ninguna mesita, ningún vaso que me recordara mi antigua y ahora extinta felicidad conyugal. Comía cualquier sándwich, escasamente me lavaba los dientes y la cara, y me la pasaba bebiendo *whisky* o ginebra hasta que la borrachera me obligaba a buscar el colchón y a tirarme en él a descansar. Llevé esa vida durante meses sin esperanza alguna, torturándome con la idea de una Julieta satisfecha y gozosa en brazos de un amante apasionado. Mis amigos y mis familiares intentaron por todos los medios rescatarme de ese proceso autodestructivo, pero fue en vano, yo seguí cayendo por el despeñadero de mi propio remordimiento. Al final no pude más y sufrí una intoxicación por alcohol. Alcancé a hacer una llamada antes de desvanecerme y mi padre llegó a los pocos minutos con una ambulancia y un equipo de paramédicos. Desperté en la clínica en un estado

de debilidad que me impedía hablar, medio embrutecido y con quince kilos por debajo de mi peso normal. Luego me trasladaron a una clínica de reposo, y ahí pasé unas semanas caminando por los prados, leyendo, conversando de vez en cuando con los otros enfermos, recuperándome. La persona clave para mí durante todo ese proceso fue mi madre. Ella, una paciente psiquiátrica que había sufrido lo indecible con terapias, medicamentos y reclusiones en instituciones de todo tipo, no se descompuso sin embargo ni una sola vez a lo largo de mi agonía. Lo contrario, se fortaleció, se sobrepuso a su propia enfermedad y se acercó a mí para brindarme su apoyo incondicional. Fue algo muy bello y muy conmovedor. Me vio tan frágil, tan necesitado de ayuda, que su rol de madre se activó y la hizo vencer, así fuera momentáneamente, sus impedimentos neurológicos. No sé cómo sucedió aquello, pero empezó a comportarse con equilibrio y mesura, dueña de sí, brindándome su amor y su protección. Entraba en la clínica (que por cierto conocía de memoria porque había estado en ella muchas veces), saludaba a los demás internos y me buscaba en la habitación, en la sala o en los jardines, según lo que le indicaran las enfermeras. Y se estaba todo el tiempo a mi lado, acompañándome, hablando conmigo de chismes familiares, de política o de actualidad internacional; no importaba el tema, sino su actitud solidaria y amorosa. No obstante, un día la vi entrar con el ceño fruncido, la mirada dura y el tono de la voz firme y sin alteraciones. Me dio un beso en la mejilla y me dijo enseguida:

—Ven, salgamos, tengo que hablar contigo.

Nos hicimos en un rincón de uno de los prados de la clínica y nos sentamos en un banco de madera. Le pregunté preocupado:

—¿Qué pasa, mamá?

Ella puso la cartera sobre las piernas, me miró de frente y afirmó:

—Mira, Gerardo, tú sabes que yo soy muy directa cuando hay que serlo. Voy a decirte las cosas tal y como son.

—Sí, mamá, claro —dije preocupado, pensando que quizá mi padre había muerto o algo por el estilo.

—Me llamó Julieta. Me preguntó si una visita de ella sería conveniente para ti. Está preocupada por tu salud.

—Ya, entiendo.

—Voy a decirte lo que pienso en tu propia cara: esa mujer no debería venir a seguirte molestando la vida. Está preñada, ya es hora de que lo sepas, y se fue a vivir con el amantucho ese que tiene.

—¿Está embarazada? —se me hizo un nudo en la garganta.

—Sí, no quiero seguirte ocultando nada. Esa es una meretriz y es bueno que lo aceptes. Ninguna mujer decente metería a otro hombre en la misma cama que su esposo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—La verdad, que iba a hablar contigo. Pero ya es hora de que dejes de lamentarte por esa mujerzuela de medio pelo. No quiero seguirte viendo en esa posición de desvalido. Yo no traje un hijo al mundo para que dé este espectáculo denigrante.

Fue entonces, lo recuerdo bien, cuando sucedió el milagro en mi interior. Las palabras de mi madre me llegaron muy adentro y sacudieron esa parte de mí que estaba adormecida, debilitada, agónica. El dato del embarazo de Julieta, en lugar de afectarme, me obligó a aceptar lo irremediable: la había perdido, estaba con otro, iba a formar una familia lejos de mí. Me pareció apenas normal y lógico que así fuera. Sentí de pronto la suprema alegría del desapego, la serenidad que nos llega cuando nos recuperamos plenamente de una obsesión, cuando dejamos de depender de otros y volvemos a ser nosotros mismos. Abrí el corazón y la dejé partir. Se me quitó el nudo en la garganta y sonreí. Mi madre remató diciendo:

—Antes los hombres estaban hechos de buena madera, ahora son de balsa. Tú siempre demostraste tu gran calidad, ya es hora de que recuerdes quién eres.

Asentí con la cabeza, miré a mi madre a los ojos y le comenté:

—Dile a Julieta que le deseo lo mejor y que ojalá sea muy feliz en su nuevo hogar. Que le agradezco su preocupación pero que no hace falta que venga. Espero salir pronto.

—¿De verdad? —mi madre me miró con una sonrisa de satisfacción que le iluminaba la cara entera.

—Sí, tenemos que hablar con el médico. Ya me aburrí de estar aquí metido. Necesito salir y trabajar, conseguir otro apartamento y comprar algunas cosas.

—No sabes la dicha que me da oírte decir eso.

En efecto, a partir de ese día empecé a reconstruir mi vida y a acostumbrarme a que ahora estaba solo y que era preciso modificar mis hábitos y mis rutinas más elementales. Un grupo de amigos me llamó para montar con ellos una obra que hacía alusión a la crisis nacional, a la guerra, a la corrupción política y a la criminalidad en las altas esferas del poder, y me metí de lleno en ese proyecto teatral que significaba para mí la salida definitiva de los infiernos. Así fui recobrando mis ganas de vivir, mi paz interior y mi buen humor. Pero nunca olvidé la lección de valentía y de cariño desmesurado que me había dado mi madre. Desde ese día estrechamos nuestros lazos de sangre y de amistad, y solíamos burlarnos de la situación para quitarle la poca importancia que aún podía tener. Finalmente, muchos meses después, caminando por la carrera séptima, vi a Julieta una mañana venir hacia mí con un caminador delante de ella. No la esquivé y nos encontramos de frente.

—Hola, Gerardo, ¿cómo estás? —saludó ella, deteniéndose. Estaba más gorda, se había cortado el cabello a la altura de los hombros y había perdido por completo su figura esbelta y atractiva. Sentí un alivio tremendo de verla en ese estado, desarreglada, fea y envejecida prematuramente, pues en cierta medida así me liberaba del yugo más peligroso y persistente: el del deseo.

—Bien, ¿y tú? —respondí con una de mis mejores sonrisas.

—Ahí lo puedes ver, pendiente del niño.

—Me alegro —me acerqué y vi un batracio repugnante con los ojos bien abiertos—. Es muy bello, ¿cómo se llama?

—José Augusto.

—Como tu padre.

—Sí, es un homenaje a él. Murió pocos días antes de nacer el bebé.

—¿Murió don José? —pregunté recordando a un viejo encantador, amable, dicharachero y con un humor negro que era como un cuchillo de cacería entrando en la carne de cualquier conversación.

—Sí, ¿no viste los anuncios en el periódico?

—No me enteré de nada. Lo siento mucho, Julieta.

—Gracias, no ha sido nada fácil para mamá, ¿sabes?

—Me imagino.

El tono confidencial que estaba adquiriendo la conversación me desagradó. No quería intimar con ella, ni mucho menos. La verdad es que me importaban un cuerno su vida y sus desgracias. Yo me encontraba ya por fuera de su zona de influencia. Lo único que me faltaba era ir a visitarla y terminar de íntimo amigo de su nuevo esposo, y de paso preguntarle si le había gustado mi cama, si el color del cubrecama había sido de su agrado o si los prefería de otra tonalidad y otro material.

—Bueno, tengo afán. Fue un placer saludarte —dije apresuradamente y levantando la mano en señal de despedida.

—Sí, claro —alcanzó a balbucear ella, sorprendida por la rapidez de mi fuga.

Seguí caminando y no volteeé la cabeza ni una sola vez. El sol me calentaba medio lado de la cara, empecé a silbar con alegría y el día me pareció radiante y magnífico. Nunca más volví a saber de ella.

Sin embargo, tuve conciencia en todo momento de que mi madre había sido el resorte que me había impulsado a salir y a liberarme de esa relación que de un día a otro se había transformado en un vínculo malsano y destructivo. Al comunicarme de manera despiadada el embarazo de Julieta, ella había logrado llevarme más allá del dolor y de los celos, al otro lado, donde en esos casos nos espera nuestra identidad perdida.

Por eso no quería abandonar a mi madre ahora cuando más me necesitaba (la imaginé en el hostel B, recostada en el catre modesto

con la cabeza atiborrada de sedantes mientras afuera, en el patio central, los enfermos de cuidados intensivos hablaban solos, se retor-cían o se quedaban mirando un punto fijo en el vacío durante horas enteras). Después de unos años de lejanía y frialdad, habíamos vuelto a hacernos amigos y me agradaban su compañía, su humor ácido y corrosivo, su temperamento recio y lleno de ímpetu. La gente creía a veces que estaba tratando con una abuelita gorda y cariñosa, y se tropezaban de pronto con un gladiador bien armado y dispuesto a hacerlos pedazos. Y, de no haber sido por esa fortaleza y esa terque-dad, seguramente no habría podido aguantar los embates de una enfermedad que va minando a los pacientes poco a poco hasta redu-cirlos a su mínima expresión. Ella sufría de una deficiencia de litio en el cerebro que la lanzaba de estados depresivos a estados eufóri-cos sin previo aviso. Era una enfermedad que la había perseguido desde joven y que sólo se había podido detectar ya en la vejez, cuando ella permitió los exámenes y los diagnósticos psiquiátricos. Era increíble que hubiera aguantado tanto tiempo sola, sin ayuda médica, a la deriva. Se había separado de mi padre cuando yo tenía diez años de edad, y desde entonces su vida había sido una lucha sin cuartel contra unos estados de ánimo que iban y venían sin ningún tipo de ley ni periodicidad. En los estados eufóricos su capacidad de agresión se multiplicaba y, en consecuencia, las personas cercanas a ella terminaban lesionadas y sin deseos de volver a acercársele. Y, en las semanas o los meses en los cuales el cerebro se hundía en las tinie-blas, ella se encerraba y se enfrentaba a sus dolencias psíquicas sin quejarse, sin lloriqueos que pretendieran despertar lástima en sus amigos o parientes. Era admirable un comportamiento que demos-traba tanta dignidad, porque el coraje, venga de donde venga, revela siempre un grado de templanza que no es fácil de encontrar.

Cuando el cerebro trabajaba a altas revoluciones, bien engrasado, lleno de combustible y con la batería en perfecto estado, mi madre se pasaba horas y horas hablando de lo que fuera, necesitaba salir a cami-nar, hacía planes para volverse millonaria, pasaba las noches en vela



inventándose actividades que iban desde ordenar la casa de nuevo hasta revisar los álbumes fotográficos y reconstruir la historia de cada una de las personas que aparecían en las fotos, llamaba por teléfono durante horas enteras, se reía, agredía por una cosa o la otra a vecinos y conocidos (con saña, insultándolos con precisión milimétrica), andaba radiante, entusiasta, la vida estaba llena de futuro y prometía cambios favorables, y aparecía su idea más recurrente y la que ella prefería por encima de cualquier otra: viajar. La mayor parte del año era una señora tranquila y sedentaria, pero en las fases altas detestaba la quietud y la rutina de tener que pagar la administración del edificio, los servicios, el seguro médico, la comida en el supermercado. Entonces se rebelaba contra la abuelita obediente y surgía la aventurera intrépida, vendía los muebles de la sala y del comedor, empacaba en un maletín deportivo dos mudas de ropa y un cepillo de dientes, y salía a la conquista del mundo a las dos o tres de la madrugada, cuando nadie pudiera detenerla. Tomaba un taxi hasta la terminal de transportes y allí decidía ir a visitar la finca de una tía de infancia en las estribaciones del departamento de Santander o irse a hacer negocios con los ganaderos de los Llanos Orientales. Cambiaba su forma de hablar, bebía licor con esmeralderos hasta que ellos quedaban dormidos sobre las mesas, disfrutaba las fiestas populares y las verbenas en medio de las orquestas y los conciertos, y gastaba el dinero a manos llenas como si fuera un narcotraficante en plena bonanza cocalera. Tres o cuatro semanas después aparecía con el rostro amarillo, despeinada, sin bañarse, con la ropa sucia y los zapatos rotos, con ojeras, sin un centavo en los bolsillos y con sus documentos metidos en una bolsa plástica que cargaba como único equipaje. No decía nada ni daba explicaciones. Se encerraba en su cuarto, se echaba las cobijas encima y no se levantaba de la cama sino para tomar agua e ir al baño. Estaba con el tanque vacío, sin gasolina y sin aceite, con la batería fuera de servicio y con el motor fundido. Era la entrada en un agujero negro. La realidad se transformaba en una serie de imágenes amenazantes, oscuras, desagradables. Los afectos y los odios se hundían en un pozo

sin fondo. La droga psiquiátrica le hacía temblar las manos y los labios, en consecuencia llevarse a la boca una cucharada de sopa o partir un trozo de carne se volvía una acción complicada y a veces imposible. Era ahí cuando yo más la admiraba. Estaba derrotada, sí, pero con los restos de una antigua dignidad ella lograba sobreponerse a la situación y soportar con estoicismo el desmoronamiento de su mente y de su cuerpo. No llamaba por teléfono a nadie, no recibía visitas, no escribía cartas. Aguantaba sola y sus únicos contactos con el mundo exterior eran sus entrevistas conmigo, que era la persona en quien ella confiaba con los ojos cerrados y a la que le permitía sin pudores ser testigo del desplome de su personalidad. Con la empleada que en ciertas crisis la atendía apenas cruzaba palabra, y cuando lo hacía era para precisar asuntos de pagos y cuentas pendientes. Yo me preguntaba cómo hacía para resistir una depresión semejante, cómo era posible que los meses pasaran y pasaran y uno siguiera encerrado en una alcoba sin abrir las cortinas y sin querer enterarse de qué diablos le ocurría a la humanidad allá afuera. Pensaba en algunos enfermos bipolares famosos que habían preferido eliminarse para evitar el sufrimiento: Van Gogh, en medio de sus trigales bienamados, pegándose un tiro en el corazón en una tarde de verano; Hemingway metiéndose con dificultad en la boca su escopeta con la que cazaba elefantes en África y disparándose en su casa de Idaho en 1961; Virginia Woolf entrando en las aguas del Támesis con la certeza de que ya no había camino de retorno. Era mejor la muerte, la nada, que esa angustia permanente, ese derrumbamiento total de la máquina que ordena y dirige los engranajes secretos de la identidad.

Bueno, así estaban las cosas por aquella época (mi padre recluido en una casa para la tercera edad, mi madre en una clínica psiquiátrica y yo sobrellevando como podía los fracasos amorosos y laborales) cuando sonó el teléfono y reconocí la voz de una enfermera de la Clínica Montserrat:

—¿Señor Gerardo Montenegro? Soy la jefe de enfermeras de los hostales A y B de la Clínica Montserrat.

—Sí, dígame.

—Es para mí muy difícil decirle esto...

—¿Qué pasó? —intuí en un segundo la verdad que escucharía a continuación.

—Lamento comunicarle que su señora madre falleció hace unos minutos.

—¿Qué? ¿Está segura? ¡No puede ser! —estaba respirando ahogado, como si faltara el aire dentro de mi apartamento.

—Un ataque al corazón. No pudimos salvarla, lo siento.

—Ya voy para allá —susurré con un nudo en la garganta.

En efecto, mi madre había sufrido un infarto y su muerte había sido cuestión de unos breves segundos. Alcanzó a pedir ayuda, las enfermeras la auxiliaron, pero no había nada que hacer: el corazón dejó de funcionar y se negó a seguir bombeando sangre. La conduje a la Funeraria Cristo Rey y me quedé con ella en la sala de velación. Llamé a mi padre y le informé lo sucedido. Por unos momentos no supimos qué decirnos en el teléfono y colgamos en silencio. Él llegó un rato más tarde, nos abrazamos y nos sentamos muy cerca del féretro. El hecho de que mi madre hubiera muerto sola, en un cuarto que no era el suyo y rodeada por desconocidos que apenas si la saludaban por los corredores, me llenaba de tristeza y desolación. Sus últimos años habían sido una admirable muestra de valentía y, aun con su cuerpo y su mente minados por la enfermedad, me había demostrado el inmenso cariño que sentía por mí. La iba a extrañar, sin la menor duda, y estuviera donde estuviera, su memoria me acompañaría hasta el día en el que yo también tuviera que entregar el uniforme y salir del campo de juego.

El entierro fue una ceremonia privada a la que asistieron unos pocos amigos de mi madre y dos o tres familiares cercanos. Mi padre y yo decidimos retirarnos pronto para evitar las frases hipócritas y los comentarios indiscretos. Lo acompañé hasta su casa de abuelos y nos despedimos en la puerta de la institución con un abrazo largo y afectuoso. Tomé un taxi en la calle 127 y me dirigí a la Clínica

Montserrat. Las palabras del paciente que se les había volado a los enfermeros y con el que habíamos conversado unos breves segundos seguían grabadas en el centro de mi memoria. «Fúguese antes de que la desgracia lo alcance». De alguna manera extraña e incomprendible para mí, él había intuido la muerte de mi madre. Me había hablado de un plan de fuga, como si el tiempo estuviera corriendo en mi contra y ese destino aún pudiera esquivarse. Necesitaba hacerle un par de preguntas a ese hombre.

Las enfermeras que me reconocieron me dieron su sentido pésame y me condujeron al patio de cuidados intensivos. Me advirtieron que el paciente estaba bajo el efecto de una fuerte dosis de antipsicóticos y que apenas podía coordinar lo que decía. Así fue. Lo encontré sentado en un rincón, tomando el sol con la espalda recostada en una pared. Parecía en estado de trance, ido, ausente. Me incliné e intenté llamar su atención:

—Necesito hablar con usted, por favor.

Escasamente movió los ojos en un débil parpadeo.

—¿Se acuerda de mí? Usted me dijo que tenía que irme porque una desgracia se avecinaba.

Una lengua amarilla quiso refrescar en vano unos labios resecos y dejó en la comisura de los mismos una baba espesa y con rastros de espuma.

—Haga un esfuerzo, por favor.

Creí ver un rayo de lucidez al fondo de sus pupilas.

—Cómo lo supo, dígame.

Una voz ronca salió de su garganta, como si viniera de una caverna submarina:

—Ellos caminan por el centro de la jungla, en silencio, y de vez en cuando débiles rayos de sol atraviesan el follaje y dan de lleno sobre sus cuerpos...

—¿Cómo adivinó que mi madre moriría?

—La tribu de los hombres invisibles...

—Escúcheme, por favor.

—Busque una salida...

—¿Fue acaso una casualidad que usted me dijera eso?

—Ese es el mensaje que tengo para usted...

Suspiré. No había nada que hacer. El hombre estaba muy lejos, inalcanzable. Me erguí y lo miré sin decirle nada. Estaba a punto de marcharme cuando volví a ver ese rayo de luz en sus ojos.

—Los hombres invisibles... —balbuceó—. Ellos son los nuevos apóstoles...

—¿Quiénes?

—La tribu elegida...

Me di la vuelta y salí del patio. Le pregunté a la enfermera que me acompañó hasta la recepción de cuidados intensivos:

—¿Quién es él?

—Jesús María Castelblanco. Es un antropólogo. Se enloqueció en el Chocó, en la selva, en una expedición.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Dos años. No tiene remedio.

Afuera, en la calle, me esperaba una vida que ya no era la mía. Sentí unos deseos incontrolables de alejarme de ese hombre que se llamaba Gerardo Montenegro. Nada de lo que había hecho valía la pena. No tenía trabajo, mi madre había muerto en malas condiciones y mi padre estaba fuera de combate. ¿Por qué no irme? El sitio era lo de menos. No le temía a la tragedia, sino a la cursilería, al punto medio, a la banalidad que convierte cualquier acción en un ejercicio de superficialidad. ¿Por qué no había reconstruido mi vida al lado de una drogadicta perdida o de una prostituta? Eso, al menos, era un hecho trágico, difícil, solemne, que recordaba a grandes artistas del pasado: Baudelaire, Van Gogh, Toulouse-Lautrec, Bellú. Pero no, tenía que ser un guión insípido e insignificante el que habían escrito para mí: la historia del hombrecito de clase media al que le ponen los cuernos y que después de esa primera lesión afectiva decide quedarse solo y resentido. Qué vulgaridad. Pensé con nostalgia en Ricardo III, en Edipo, en Prometeo. Épocas en las que el sufri-

miento era algo noble, algo que valía la pena ser vivido hasta los tuétanos. Y, jactándome de mi pretensión, me pregunté: ¿sería capaz aún de inclinar la vida hacia el riesgo, la incertidumbre y la aventura?